

## SIMPOSIO MISIONERO URUGUAYO

### Testimonio, Hna. Jola Płomińska

Buenos días, soy la Hermana Jola, Misionera de San Pedro Claver. Soy polaca, pero la mayor parte de mi vida viví en Italia, por lo que me siento más italiana que polaca, y una gran parte de mi corazón está también en África. Alguien me dijo una vez que soy misionera por vocación porque pertenezco a una congregación misionera, en realidad no es una cuestión de pertenencia a la congregación, sino que es algo mucho más grande que poco a poco ha ido creciendo en mí y me ha llevado a ser Misionera de San Pedro Claver. El día que cumplí 17 años, al final de la fiesta, cuando me acosté, tuve un pensamiento que me asustó y cambió mi vida. Pensé que si moría en ese momento no quedaría nada de mí en el mundo. Así que decidí hacer algo grande, hacerme famosa. Poco después me encontré con la revista *Eco de las Misiones* y leyendo las cartas de los misioneros descubrí un mundo nuevo que empezó a fascinarme.

Así comenzó una aventura que sigo viviendo. Entré en la Congregación e inmediatamente después de mis primeros votos partí para Italia, donde pasé mis primeros años de estudio en Roma y, al final de mis estudios, esperaba partir para África, para realizar por fin mi sueño. Pero el Señor me tenía reservado algo mucho más interesante. Mis superiores me enviaron a trabajar en la pastoral juvenil de Turín. Y desde allí, desde Turín, tuve la oportunidad de ir a la India, al Amazonas y a muchos países de África.

El sueño de ser famosa seguía siendo muy fuerte y recuerdo que la primera vez que fui con un grupo de jóvenes a Camerún, África, para una experiencia de cinco semanas en la selva entre los pigmeos Baka, estaba entusiasmada pensando que llevaría a Jesús, convertiría a los pigmeos, traería muchas cosas para los que no tienen nada.

Estábamos en el corazón del bosque, donde los árboles parecen alcanzar el cielo y no se ve el horizonte. Sólo existe la selva.

Los pigmeos baka, un pueblo de baja estatura, viven en la selva ecuatorial y mantienen tradiciones ancestrales. Adoran a Komba y creen que es el dios por encima de todo. Viven en completa armonía con su ambiente y adoran al espíritu de la selva llamado Eyengu. Algunos, en cambio, piden recibir el bautismo después de un largo camino.

Durante esas cinco semanas de vida compartida, día tras día, fui descubriendo que no era yo quien les daba mucho, sino todo lo contrario. Eran ellos los que, con una vida

sencilla, sin escuela, apenas una muda de ropa y dos ollas para cocinar, me estaban ayudando a comprender que se puede vivir muy bien sin lo que parece esencial, pero porque lo esencial es otra cosa. Y lo que de verdad cuenta es lo que eres y no ya lo que tienes. Alegres, llenos de vida, celebraban la misa dominical durante cuatro horas, bailaban y alababan a Dios.

Cada experiencia me ayudaba a comprender mejor lo que significa ser misionero. En una aldea remota de Kenia, una viejita se me acercó y me dijo que no había ido a la iglesia desde que era niña, pero que en esas semanas, cuando nos vio caminar por las calles, todos los días, jugando con los niños, experimentó que Dios había vuelto a caminar por las calles de ese pueblo. No hicimos nada especial. Era Dios quien tocaba su corazón, Él era el protagonista y no nosotros. Y empezaba a darme cuenta de que el deseo de ser famosa iba dejando paso cada vez más al deseo de dejar una huella del amor de Dios en el corazón de la gente.

También cambiaban y crecían los jóvenes que, tras un año de formación misionera y estudio de la lengua, decidían vivir este tipo de experiencia.

Pienso en los jóvenes, no diferentes de los demás, deseosos de una aventura, pero también de la oportunidad de llevar el amor de Dios experimentado en la vida, a alguien que vive en otra parte del mundo.

Me viene a la memoria la experiencia en la Amazonia brasileña, donde, durante un mes, nos limitamos a acompañar al misionero en su vida cotidiana. Ochenta comunidades pertenecían a la parroquia, a la que sólo se podía llegar en barco, según la temporada.

La población estaba formada en gran parte por indios, pero sobre todo por los mucho más numerosos caboclos, es decir, personas mestizas con los indios y también descendientes de portugueses y españoles que viven de la caza, la pesca y la cosecha de frutos del bosque. Su vida cotidiana está adaptada a la naturaleza y, por tanto, al río Amazonas, el más largo y grande del mundo. Cuando el agua del río retrocede, muchas de estas comunidades permanecen completamente aisladas durante varios meses. Cuando se llegaba a un lugar, se hacían disparos para avisar de que había llegado el cura y de que en dos o tres horas llegaría la gente en sus barcas. Mientras tanto, el sacerdote confesaba o hablaba con la gente y nosotros hacíamos diversas actividades con los niños y los jóvenes y preparábamos la liturgia. En uno de los viajes de diez horas por el Amazonas llegamos a un pequeño pueblo y lo que vivimos durante la misa se describe mejor con las palabras que uno de los jóvenes escribió en nuestro diario:

*“Observo y conozco. Encuentro miradas de gente concentrada, gente que lleva seis meses esperando para vivir la misa. Encuentro miradas emocionadas, como las de los padres de los niños que se bautizan esta noche. Reconozcámolo: son casi las diez de la noche, hemos llegado del río con cinco horas de retraso, los insectos atormentan a todos los presentes, las cucarachas corretean por el suelo, a cualquier padre le hubiera contrariado vivir así el día del bautizo de su hijo, a estos padres, en cambio, les brillan los ojos. Vivir una experiencia misionera nos enseña a encontrarnos y a ser encontrados por los demás. Para estas personas, se trataba de un evento esperado durante meses; por eso, la presencia de cucarachas y mosquitos, el calor impresionante, todo pasa a un segundo plano. Mirando la realidad no con nuestros ojos, sino con sus ojos emocionados, esta noche se convierte en especial también para nosotros”.*

No siempre es fácil encontrarse con el otro, con su cultura, sus tradiciones, su mentalidad, e intentar ver la realidad a través de sus ojos. Y quizá más difícil aún es dejarse encontrar por el otro. Descubrirse a uno mismo, contarse como uno lo hace, simplemente a nivel del corazón. Es una escuela de vida que, gracias a las oportunidades que uno recibe, puede marcar y dar un nuevo rumbo a la propia vida.

Tras diez años de varias experiencias misioneras, tuve la oportunidad de volver a Roma y especializarme en misionología y, al terminar, me pidieron que trabajara en el Colegio Mater Ecclesiae de Propaganda Fide. Allí tuve la suerte de vivir con ciento treinta hermanas de noventa congregaciones religiosas diferentes, de toda África, Asia y parte de América Latina, que venían a Roma para los estudios universitarios.

El Señor sigue poniendo nuevos desafíos en mi camino y ampliando mis horizontes, ayudándome a crecer cada vez más en la comprensión del Evangelio y en el discernimiento de los caminos del Espíritu. Aquí en Uruguay, donde vivo desde hace dos años, en Montevideo, en el barrio donde tenemos nuestra comunidad, ya no me encuentro con niños como en África que me piden en la calle que juegue con ellos, que se aferran a mis manos pidiéndome que los abrace, la gente no me mira con curiosidad preguntándome por qué soy blanca.... Pero me encuentro con un vecino que me pregunta si tenemos un santo en ese cuartito que se ve desde la calle con una luz roja, y cuando le digo que es nuestra capilla y que allí está Jesús, me pregunta si puede venir un día a rezarle a ese santo. En ese vecino encuentro la sed de Dios, a veces inconsciente, que hay en el corazón de todos los hombres y mujeres de todos los rincones de la tierra, y me siento a veces, como le gustaba decir a la Madre Teresa de Calcuta, un lápiz en las manos de Dios.